

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

PLESIOSAURIO
Primera revista de ficción breve peruana



Lima - Perú

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

Año XV, n.º 13, vol. 2. Lima, mayo de 2022.

- Director** : Dany Doria Rodas
- Editor invitado** : Rony Vásquez Guevara
- Diagramador** : Dany Doria Rodas
- Imagen de carátula** : *Nessiosaurio*, de Lorena Díaz Meza

© Centro Peruano de Estudios de Minificción (Cepemin)
Calle José Corbacho 383, urb. Santa Luzmila, primera etapa, Comas
WhatsApp: +51997254851
Web: revistaplesiosaurio.wordpress.com
E-mail: plesiosaurio.peru@gmail.com
Facebook: www.facebook.com/RevistaPlesiosaurio

ISSN 2218-4112 (en línea)

Incluye vols. 1 y 3.



Hecho en Perú – Piru llaqtapi ruwasqa – Made in Peru
Todos los textos son de pertenencia exclusiva de sus autores.

ÍNDICE

Presentación / Dany Doria Rodas	9
--	---

EL BOLO ALIMENTICIO

Adriana Rodríguez de Pereda	11
Aída María López Sosa	15
Angélica Santa Olaya	19
Atilano Sevillano	23
Daniel Frini	27
David Cárdenas	31
Elena Bethencourt	35
Eliana Soza	39
Gabriela Araujo	43
Jorge Aguiar	47
Jorge Pérez Guillén	51
Jorge Quispe Correa	55
Karla Barajas	59
Leonardo Dolengiewich	63
Luciana Molina	67
Luis Ignacio Muñoz	71
Luisa Hurtado González	75
Mariana Fuentes	79
Miguel Ángel Hernández	83
Norma Yurié Ordóñez	87
Oswaldo Castro Aldaro	91
Otto Pereda	95
Sergio Astorga	99
Ybrahim Luna	103

La reconquista del microrrelato

El claustro sanitario por continuar viviendo, en muchos casos, generó lectores y también escritores. Corría entonces el año 2020. La vida estaba bajo ataque. Los lectores y futuros lectores, también. En este caos, internet fue un espacio donde se acortaban las distancias, reunía personas y era un escape de la realidad. Las calles estuvieron más desoladas que nunca y acaso una sirena de ambulancia era el indicio de que la humanidad aún existía, mientras que internet nos brindaba otro lugar y otro espacio que se convirtió en nuestro refugio.

En este nuevo espacio de protección, la literatura empezó a caminar y el microrrelato, probablemente su último género literario, reconquistó este lugar y fue una manera nueva de consumir literatura. En ese camino, *Plesiosaurio*. *Primera revista de ficción breve peruana* hace algunos años optó por el universo virtual con la intención de conseguir nuevos lectores y, por supuesto, difundir la obra de nuevos escritores, porque la literatura se renueva constantemente.

Por ello, con esta nueva entrega, se presenta a los autores cuyos microrrelatos fueron seleccionados, debido a la calidad narrativa y a su forma de narrar. Quedan ustedes invitados a degustar cada uno de estos microrrelatos que pueden acompañarlos por algunos segundos, minutos o toda su vida.

Rony Vásquez Guevara

ADRIANA RODRÍGUEZ DE PEREDA

(Caracas, Venezuela, 1982)

Licenciada en letras por la Universidad Central de Venezuela (2008). Ha trabajado durante más de 15 años en temas vinculados con tiflotecnologías y acceso a la lectura para personas con discapacidad visual y se ha desempeñado como promotora de lectura con la creación y administración del blog *Leamos cuentos y crónicas latinoamericanas* (<https://leamoscuentosycronicas.blogspot.com>). Además, coordina talleres de escritura creativa de cuento, con enfoque inclusivo. Recientemente compiló, junto al escritor boliviano Homero Carvalho Oliva, el libro *Mosaico: microficciones sobre discapacidad* (2020).

Premoniciones

Kassandra tenía un don. Era la herencia de las mujeres de su familia, una ventaja sobre el resto de los mortales y, también, una maldición: podía conocer el futuro.

Sin embargo, fueron tantas las burlas recibidas por generaciones, tanta la incredulidad, tantos los insultos y las difamaciones, que desde hacía mucho tiempo decidieron dejar de creer en su poder y en el presente lo ignoraban completamente.

Por eso, Kassandra no hizo caso de ninguno de sus sueños, ni siquiera de aquel en el que veía un auto azul que la lanzaba al aire y la estrellaba contra el asfalto, pasándole encima después; sino hasta que estuvo debajo de las ruedas.

Capaz de todo¹

A Leonardo Dolengiewich

A simple vista, Aníbal parecía un hombre como cualquier otro, pero era sordo.

Desde niño, su mamá le dijo siempre que él sería capaz de todo cuanto quisiera, y él se lo creyó: hizo un posgrado en química, obtuvo una medalla como maratonista, aprendió a bailar siguiendo las vibraciones del bajo en las canciones y, por él, más de diez mujeres fueron encontradas flotando inertes en el río de la ciudad, después de haberse desangrado, apuñaladas, porque nunca pudo perdonar sus burlas y desprecios.

¹ Publicado en *Mosaico: microficciones sobre discapacidad* (2020).

AÍDA MARÍA LÓPEZ SOSA

(Yucatán, México, 1964)

Psicóloga, capacitadora certificada y correctora de estilo. Diplomada en Creación Literaria por la Sociedad de Escritores de México, sede Guadalajara, y por la Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán. Escribe diversos géneros textuales. Es coautora en más de una veintena de antologías. Sus cuentos han sido publicados en revistas nacionales e internacionales.

Hasta en las mejores familias

De niña fue infanta, de adolescente, princesa; de adulta, rey del Carnaval de Venecia. La fiesta pagana liberó su verdadero YO.

Beso fallido

¡Chispas! Otra vez sapo.

ANGÉLICA SANTA OLAYA

(México, 1962)

Licenciada en Periodismo y Comunicación Colectiva con Mención Honorífica en la UNAM. Ha practicado el guionismo radiofónico y la redacción y corrección de estilo en prensa, radio y televisión en instituciones privadas y gubernamentales. Parte de su obra poética y narrativa ha sido antologada y publicada en diferentes medios de varios países.

Rumores

Terminó de leer su libro preferido al anochecer. A través del muro del comedor se escuchaba la algarabía de los vecinos jugando a la lotería. Cada sábado era lo mismo. Recibían a la familia desde temprano, cocinaban y comían juntos y luego los juegos de mesa. Él también esperaba, ansioso, los sábados. Estas casas de hoy, con sus paredes indiscretas, no saben ocultar nada, pero acompañan el tropezado rumor de un solitario refrigerador resguardando dos cervezas, un poco de jamón y los escarchados residuos del día.

El elegido

Mary no quiso tomar clases de costura como todas las niñas de su edad. Sabía que los tejidos y bordados, al igual que ser madre, no estaban en su destino. Un día, sin embargo, con la rebeldía que la caracterizaba, tomó pluma y aguja para iniciar el último intento. El maltrecho hijo, hoy con 203 años, recuerda la triste historia cada vez que alguien abre el libro. Se sienta en la orilla de alguna página y no sabe si ha de celebrar haber sobrevivido.

ATILANO SEVILLANO

(Zamora, España, 1954)

Doctor en Filología Hispánica y Lcdo. en Teoría de la literatura y Literatura comparada. Ha ejercido la docencia como profesor de Lengua y Literatura en Enseñanza Secundaria. Ha cofundado y codirigido la revista literaria salmantina *Aljaba* y las barcelonesas *Poiesis* y *Cármenes*. Colabora en diversas revistas literarias españolas y latinoamericanas. Hasta la fecha ha reunido sus relatos breves e hiperbreves en tres libros: *De los derroteros de la palabra* (2010), *Lady Ofelia y otros microrrelatos* (2015) y *Al pie de la letra. Microrrelato de la A a la Z* (2017).

Reencuentro

Lo de anoche no tendría la menor importancia, a no ser porque al dar la vuelta a la manzana de viviendas me topé, y no sé cómo decirlo, me di de bruces con los relojes que marcaban la hora retrasada y el viento emocionado aplaudía en todas las ventanas. Alguien me cogió del brazo. Apenas acerté a balbucir: ¡Ah!, ¿no eres tú...? Y me respondió una voz muy próxima y bastante familiar: ¡Yo soy yo!

Tal vez hubiese yo podido desasirme de él, pero el asombro y el miedo me hicieron dejarme llevar. Es pueril, sí es sencillamente pueril, pero me resultó inevitable. Cogido del brazo de mi acompañante, al poco tiempo decidí regresar a casa. Mentira si ocultase que me invadió un sudor frío como aquel de la ya lejana infancia, cuando me topé conmigo mismo.

Sorpresa

De la mayoría de los parientes guardo algún recuerdo bastante significativo. Sin embargo, el de mi tía Rosana es el que más me ha impresionado. Basta decir que no he podido olvidar aquel sonido de su móvil, y de eso hace ya bastantes años. La estábamos enterrando, cuando un sonido más o menos festivo interrumpió la ceremonia. Enseguida nos dio por pensar que algún amigo de la finada quería despedirse de ella. A nuestro primo Roberto no se le ocurrió otra idea que intentar extraer el teléfono móvil de los bolsillos de la chaqueta de Rosana. El aparato enmudeció enseguida antes de que el arrojado primo lograra la hazaña.

Al rato volvió a sonar el artefacto. Roberto se lanzó sobre él y lo cogió en el primer pitido y se pudo escuchar al otro lado: “Rosana, vida mía, espérame que pronto estaremos juntos”. Al viudo todos lo vimos palidecer. Al abandonar el cementerio nos conjuramos a guardar silencio y que, por supuesto, aquella llamada nunca se había producido.

DANIEL FRINI

(Córdoba, Argentina, 1963)

Profesor de la Escuela de Escritores CILSAM (Buenos Aires). Ha publicado en varias revistas virtuales y en papel, en blogs y en antologías de diversos países. Ha obtenido diversos reconocimientos y su obra ha sido traducida a diferentes idiomas.

El cielo, una vez

Sonó el despertador y, en la oscuridad, estiró la mano para apagarlo. El vaso de plástico vacío y sus anteojos cayeron. Se levantó, demoró en el baño hasta para lavarse los dientes. Salteó la ducha y consideró que no necesitaba afeitarse. La soledad era pesada. El frío, atroz; aunque afuera, decían, era primavera.

Se vistió despacio, mientras tomaba un café tibio, amargo por falta de azúcar y amargo de hastío. Del perchero, tomó el carcaj con las flechas, el arco y se calzó las alas. Abrió la puerta y salió a su día de trabajo.

Le acertó un flechazo a la muchacha que caminaba a la oficina y otro al joven que leía un libro en el banco de la plaza. Ambos se miraron como si, por primera vez, descubriesen el mundo y las miradas.

Rebuscó en su libreta y tachó los nombres de los dos. «Bien», se dijo, «listo. A ver, ¿quién sigue?». Entonces, mientras recorría nombres de parejas anotadas, la vio. Ahí estaba. No era la primera vez que la encontraba, tan sola, tan triste, tan quésérádemí. Se decidió.

Apuntó, disparó y acertó en medio de la espalda de ella, que giró su cabeza, mirando en todas direcciones, buscándolo.

Apuntó hacia arriba, en la vertical, disparó y se colocó debajo; cuando la flecha cayó. Se acertó en el pecho.

La muchacha, entonces, lo vio. Sonrió y se le iluminaron los ojos.

Jensejorobar

Casi entrando al Mouassine, en el Zoco de Marrakech, en una tienda muy pequeña, y después de la milenaria ceremonia del regateo, compré un espejo.

Nada especial ni muy llamativo. Lo más interesante era el marco de latón al estilo marroquí; y me pareció adecuado para colgarlo sobre el dresseoir, en el recibidor de casa.

Cuando llegué al hotel, en la Ciudad Nueva, anocheceía. Me di un baño y, antes de bajar a cenar, saqué el espejo de su envoltorio y lo apoyé sobre la cómoda. Me miré en él y vi, en la imagen reflejada, mi casa de cuando tenía 15 años. Giré la cabeza, sorprendido, pero, como era evidente, estaba en la habitación del hotel.

Volví a mirar y ahora, junto a mí, estaba mi hermano mayor, Pedro, apoyándome su mano en el hombro, como lo hacía siempre. Pero mi hermano Pedro murió cuando yo tenía ocho, y vivíamos en la sierra.

Cerré los ojos con fuerza, y los volví a abrir. Allí estaba yo, y detrás de mí, mi abuela, lavando ropa a mano, en el piletón del patio, y era 1970.

Ustedes pensarán en las «Mil noches y una noche», en genios y objetos mágicos. Yo pienso en una estafa. Para mí, el espejo no solo atrasa, sino que pone fantasmas donde no debería haberlos.

Mañana voy, de nuevo, al Zoco y lo devuelvo.

DAVID CÁRDENAS

(Perú)

Abogado y funcionario público. Escritor y actor por afición. Autor de poemas, canciones y relatos, todos inéditos. Ha participado en talleres de actuación y dramaturgia y en el taller virtual de iniciación en la escritura de microrrelatos organizado por la Casa de la Literatura Peruana. Escribe notas sobre temas legales y políticos, crónicas de viaje y comentarios de actividades artísticas en sus redes sociales.

El notificador

Cuando llegué al pueblo, la vendimia había empezado, con música, globos y algarabía. Debía notificar una denuncia a un tal Gonzalo Piedra. Mientras lo buscaba, sin éxito, me atreví a probar un trago y luego otro y al oscurecer, ya zigzagaba con un desconocido por calles que olían a fruta fermentada. Apoyándonos mutuamente llegamos a un arroyo en donde, luego de balbucearle mi vida entera, orinamos juntos. Fue allí que resbalaron los papeles que apretaba bajo la axila.

—¿Qué notificación, hermanito? —preguntó, reclinándose en mí, don Gonzalo Piedra.

—Esa que se va por el arroyo —señalé tambaleándome y lloramos de risa, mientras veíamos naufragar los papeles y mi empleo de notificador.

Espectros

Cada medianoche, dos fantasmas aparecían en el jardín interior de la vieja casa del alcalde. Ingresaban como nubes alargadas, con un brillo tenue. Flotaban paralelos, se trenzaban y dibujaban alegres espirales, sin despegarse. Parecían perderse entre los arbustos, se separaban y fugazmente se volvían a encontrar. Finalmente, uno de ellos se agitaba con brío y caía perezosamente sobre el otro, fundiéndose en una nubosidad espesa, más luminosa ahora, hasta extinguirse, como el momento final de un espectáculo de fuegos artificiales.

Una noche, el alcalde los descubrió y sigilosamente le avisó a su mujer. Luego, al comprobar la extraña puntualidad de esos espectros, convocó a sus vecinos y en pocos días los curiosos se multiplicaron. Entonces, se le ocurrió adquirir sillas, contratar un vigilante, vender souvenirs y cobrar por asistir a tan singular espectáculo. Así lograría un importante ingreso para la comunidad, dijo él.

Pero su mujer lo calmó:

—Olvidas que desde que ya no estamos aquí el dinero no vale nada.

ELENA BETHENCOURT

(Tenerife, España)

Licenciada en Filología y Especialista Universitario en Traducción Jurídica. Obra publicada en diversas antologías y revistas literarias como. Ganadora de numerosos certámenes, entre otros, Primer Premio «La pobreza en cien palabras» de EAPN España; Segundo Premio «Relatos en Cadena» de la Cadena Ser; Primer Premio del Concurso de Microrrelatos AMIR, México; Primer Premio del Concurso de Microrrelatos Redpal de Andalucía; Segundo Premio Certamen de cuentos Madrid Sky; Primer premio de Cuentos de Navidad de Zenda; Primer Premio del Certamen internacional de microrrelatos de San Fermín etc.

La isla

Mi marido quitó la antigua cocina y la reformó por completo. Cuando empezó el verano ya la tenía casi lista. Para culminar su obra, instaló una isla en el centro con una encimera negra de Silestone y puntitos brillantes color plata. «Lo que yo necesito es un viaje, unas vacaciones en una isla, no un mueble», le grité. Él, ni caso.

Con el paso de las semanas, los brillos de la encimera se volvieron intermitentes y, al mirarlos con más detenimiento, logré identificar las constelaciones. Desde ese día, ocupaba —incansable— las horas cortando verduras sobre el rígido cielo lleno de estrellas. Pasó una fugaz y le pedí un deseo. Bueno, dos. Quizás tres.

Por la mañana me desperté sola y una brisa me acarició la cara. Al pisar el suelo, creí sentir arena bajo mis pies. Seguí unas huellas que me llevaban por el largo pasillo a la cocina y me pareció ver en la cenefa la raya azul del horizonte. Me disponía a hacer un café bien cargado cuando las olas empezaron a romperse como encajes de espuma contra mi isla. Sonreí. Miré embelesada el vuelo de una gaviota. El agua me salpicó entera, al tiempo que un apuesto naufrago me hacía señas desde la orilla. Entonces, dejé el pijama y las dudas sobre la encimera y corrí hacia el mar.

El cambio

Me aburría la vida acomodada con tantas cenas de sociedad y personas vacías. Deseoso de un cambio, decidí probar eso que llaman “abrir el corazón” y dejé el mío de par en par. Entraron unos niños hambrientos primero, luego mujeres desamparadas, hombres sin techo, obreros sin sueldo. Aquella algarabía de gente corriente con problemas cotidianos me divertía, pero —pasados unos meses— perdí el interés y les pedí que se marcharan. Como no querían, cerré las puertas y los dejé dentro. Ahí siguen, haciendo ruido.

Para mí ha sido un gran cambio, ahora finjo no oírlos, antes solo fingía no verlos.

ELIANA SOZA MARTÍNEZ

(Potosí, Bolivia)

Sus textos han aparecido en diferentes antologías y revistas literarias de España, México, Argentina, Chile, Perú, Costa Rica y Colombia. En 2018, publica su primer libro de cuentos, *Seres sin sombra*. En 2019, junto a Ramiro Jordán, publica el libro de microficción y poesía *Encuentros/Desencuentros*. Ha participado en el Encuentro Internacional de Microficción de la Feria del Libro en Santa Cruz (por dos años consecutivos) y en el de La Paz. Es colaboradora de la revista literaria *Letras Itinerantes* de Colombia. En 2019, gana el tercer lugar del concurso de cuentos «Empoderando a Orange», de la Embajada Norteamericana en Bolivia.

Punto de vista 1

Solo porque algún lectorcito se ha identificado con ellos, sienten que son buenos narradores. ¿Acaso no es engañosa la forma en la que pueden tergiversar hechos o mentirse a sí mismos? En cambio, yo voy dosificando la información para que la tensión vaya *in crescendo*. No sé qué le ha dado a la escritora de un tiempo a esta parte. Desde que leyó microficción, es yo y yo; me ignora y usa a los otros. No entiende que como omnisciente puedo enfocarme también en los personajes y esconder datos. ¡Ahh!, pero cuando le pregunten: *¿Cuándo la novela?* Ahí sí que pensará en mí.

Punto de vista 3

Aquí el lector es el importante, por eso al hablarle se crea complicidad e intimidad. La escritora me descubrió en un relato corto y ahora me usa a menudo o combinado con otros, utilizando varias voces para contar historias. Eso la hace sentir creativa. Al principio dudó, pero hoy está orgullosa de su trabajo y lo comparte segura con sus seguidores. Ha tenido buenas críticas. Los demás narradores me observan con envidia, especialmente el que se cree dios. No sabe que las cosas cambian y que hasta en géneros más largos, con algo de innovación, no lo necesitarán solo a él.

GABRIELA ARAUJO
(Mendoza, Argentina, 1970)

Docente de Historia y escritora. Su primer trabajo fue en una biblioteca: letras, libros, cuentos y novelas han sido su pasión. Ama la docencia y considera que ver el mundo con ojos de niños o de adolescentes siempre sostiene la esperanza y es el mejor antídoto contra la vejez. Desde 2020 participa de un taller Literario a cargo del escritor Leonardo Dolengiewich y entrena los primeros pasos en el mundo de las microficciones. Publicó su primer cuento «La máquina del tiempo», en *Pequeficciones, antología compilada* por José Manuel Ortiz Soto & Chris Morales en Parafernalia Ediciones Digitales, Managua, 2020.

Reflejos

¡Mirate, nena! ¡Ey! Sí, vos, ¡mirate bien! ¿Estuviste comiendo de más otra vez? ¿Te viste los cachetes que tenés? ¡Parecés una chancha! ¡Estás gorda! ¿Seguro que el caldo que te tomaste no tenía grasas, ni fideos? Tenés cara de haber consumido carbohidratos. ¡Gorrrda!, le grita el espejo a Mía, cuyo esqueleto se da vuelta hacia el inodoro para volver a vomitar.

Atrapante

Como cada noche, se lava los dientes, se cepilla el cabello; luego se saca las pantuflas, se acuesta y abre el libro. Lee desde donde dejó la noche anterior. Recorre con precisión la habitación oscura, las camas como cajones apilados y sin colchones. Puede sentir el olor penetrante del hacinamiento, la oscuridad del encierro, el cansancio del trabajo hasta el extremo, el dolor del hambre que atraviesa el cuerpo. Inútilmente intenta pasar de página. Otra vez la comezón. Con las manos huesudas y descarnadas, se rasca la cabeza rapada y la barriga hundida debajo del áspero traje a rayas.

JORGE AGUIAR

(Buenos Aires, Argentina, 1981)

Ingeniero en sistemas, fotógrafo y escritor. Sus microficciones han sido publicadas en revistas y antologías de Argentina, Colombia, Perú, México y España. En mayo del 2020 edita su primer libro: *Lo que no se dice*. Publica en su blog <https://jorgeaguiar81.wixsite.com/microficciones> y en instagram (@j81a).

Acromatopsia

El cielo es gris. Aunque esté totalmente despejado, es gris. Como el resto de las cosas: el pasto, la arena, la sangre, el sol, las flores, las banderas; todo es gris. Hay cosas blancas y cosas negras pero el resto es gris. La mayoría de las personas tiene una enfermedad congénita que afecta las células de la retina, provocando que cada tonalidad de gris que ven se tiña de un color preciso. Todos los afectados con esta enfermedad ven el mismo color para la misma tonalidad de gris. Sólo un número muy reducido de personas son capaces de percibir la realidad tal como es. El resto vive la mejor ilusión posible.

Seguir el ejemplo

Él pateo la puerta y entra. Las paredes tiemblan tanto que están a punto de caer. Luego, la sujeta del pelo y la golpea. Ella empuja las cajas que hacían de pared y sale corriendo. Ya no quiere jugar más a la mamá y al papá.

JORGE PÉREZ GUILLÉN

(México)

Administrador de sistemas. Ha publicado en la revista *El cuento. Revista de imaginación*. También participó en la antología de Alfonso Pedraza titulada *Minificciones de El cuento, revista de imaginación*, en la revista digital *Brevilla*, *Plesiosaurio* y otras publicaciones. Reside en Canadá desde hace 30 años.

En el principio

De esta manera habló: «Andad por el mundo y multiplicaos.» Y nosotros obedecimos. Nos reprodujimos, pero no encontrábamos el gozo en la tarea. No sabíamos del placer ni las caricias. Éramos simples animales rudimentarios que obedecían al instinto. He aquí que un día uno de nosotros dejó de ser simple bestia y descubrió las formas del tacto, el gozo en los gemidos y la fantasía oculta en un cuerpo desnudo. En los albores del sexo encontró el soplo del erotismo. Dicen los que no saben de eso que fuimos expulsados del paraíso. ¡No es cierto! Así fue como encontramos lo divino.

Final de la pandemia

El silencio se hizo más sobrecogedor conforme se alargaba el encierro. Los animales que creíamos extinguidos recuperaron sus espacios y las aves los cielos. Las raíces de los árboles empezaron a extenderse, se metían por los huecos hasta reventar los muros que nos separaban. De tanta soledad desaprendimos el lenguaje y volvimos a gruñir para nombrar las cosas. Al final, el material atrapado en los relojes de arena solo nos recuerda algún vago lugar donde las dunas cambiaban de forma con el viento

JORGE QUISPE CORREA

(Lima, Perú)

Licenciado en Administración de Empresas. Ha publicado los libros *Trazos primarios* (2001) y *Pasajeros de lo efímero* (2019). Ha obtenido reconocimientos en concursos literarios. Sus textos han sido publicados en antologías, revistas y blogs de México, Ecuador, Perú, Alemania, España y Colombia.

Elefantes

Durante generaciones se ha venido cantando sobre la resistencia de la tela de araña, pero, siendo sinceros, ningún elefante se había atrevido a comprobar la veracidad de lo sostenido.

Hoy, sin embargo, una decena de valientes había tomado valor para demostrarlo: diez elefantes se balanceaban perfectamente sobre la tela de una araña.

De lejos, la araña esperó pacientemente a que el efecto paralizante de su tela hiciera su trabajo. Sabía que dentro de poco podría darse el festín soñado, ese con el que soñaban sus antepasados.

Modern Love

A Anaïs Blues

Basándose en las historias románticas que solía contarle el Mayor Tom después de ser rescatado del espacio, Ziggy Stardust no tuvo mejor idea que viajar al planeta Tierra para buscar su propia experiencia de amor.

Lamentablemente las cosas no salieron como esperaba: aún es posible encontrarlo ebrio y al borde de la locura en algún bar de mala muerte al final de un millón de calles sin salida cantando desesperadamente por esa chica china que está harta de pedirle que se calle la boca.

KARLA BARAJAS

(Chiapas, México, 1982)

Minificciones tuyas forman parte de diversas antologías, como *Mosaico. Sobre discapacidad, Campanadas. Microrrelatos navideños y Ficción Atómica*. Ha publicado *Valentina y su amigo pegacuandopuedes* y *La noche de los muertitos malviviendes, Neurosis de los bichos, Esta es mi naturaleza y Cuentos desde la Ceiba*.

Apego materno

Sus hijas dejaban huellas de tierra por la casa, justo después de que ella trapeaba, le jalaban los pies a las tres de la madrugada, le brincaban en las costillas hasta sofocarla y ella pensaba que no eran sus angelitos, que eran demonios. A pesar de eso, deseaba sentirlos.

Los médicos confundían su cansancio con enfermedades, llegaron a pensar que tenía cáncer por la cantidad de moretones en la espalda. Los médicos no explicaban las fracturas en sus huesos, además de otros síntomas que, por días, le impedían levantarse.

La gente decía que Claudia era una floja e hipocondríaca, pero eso a ella no le importaba, amaba a sus muertas, aunque le robaban la vida.

Nuestro amor no murió

—Pascual, si ese hombre te quisiera habría dejado a la esposa desde hace tiempo y se hubiera quedado contigo —decían mis amistades.

Yo creo en el amor y en la paciencia. Ahora resido en la propiedad del que un día fue mi amante. He visto a su decencia nacer y crecer; los he observado con ropa y desnudos; sanos o enfermos; en días que se ponen eufóricos de alegría y en días de tristeza, como éste, en que el amor de mi vida yace en estado crítico, a punto de la muerte, ¡a punto de que nos reunamos! La espera valió la pena.

LEONARDO DOLENGIEWICH

(Mendoza, Argentina, 1986)

Ha publicado dos libros de microficciones (*La buena cocina* y *Colibríes feroces*) y uno de cuentos (*La gente no es buena*). Sus microficciones han sido publicadas en Argentina, Chile, Perú, Venezuela, México, España e Italia, tanto en antologías como en revistas literarias y sitios web especializados en el género. Desde 2016, coordina el taller literario «Con premeditación y contundencia», dedicado al cuento y la microficción.

Lo que no se dice

Mi madre fuma, yo lo sé. Yo fumo, ella lo sabe. Ninguna de las dos lo hace delante de la otra. Esas reglas absurdas y nunca explicitadas que hay en cada familia. Ella sabe dónde escondo mis cigarrillos y me roba alguno si se olvidó de comprar. También yo conozco sus lugares y le saco si necesito.

Cuando empezó el aislamiento por la pandemia, fuimos al supermercado juntas y nos aprovisionamos de comida y artículos de limpieza. También compramos puchos en cantidad. Cada una por su parte, sin decírnos.

Hace una semana que hay escasez de cigarrillos en la ciudad. Nuestras reservas no son muy grandes. Nadie lo dice, pero ambas evitamos salir por miedo al saqueo que se produciría irremediabilmente. Mi madre lleva un cuchillo bajo la ropa, yo lo sé. Yo llevo el mío, ella lo sabe.

Condenada

—Buenos días. Quisiera...

—Antes que nada, debo hacerle una advertencia: usted se encuentra en el umbral de un cuento y está por pronunciar una frase que puede condenarla. Piense bien lo que va a decir y cómo va a decirlo.

—Pero yo solo vine para hablar por teléfono.

LUCIANA MOLINA

(Buenos Aires, Argentina, 1980)

Es Licenciada en Psicología y Psicóloga Social. Participa del taller literario «Con premeditación y contundencia», dictado por Leonardo Dolengiewich, desde el 2020.

Capital cultural I

Observa orgulloso a su hijo ingresar a la escuela. Esa mañana fue especial. El camino lo habían repasado varias veces durante los días anteriores y, por eso, hoy fueron distraídos jugando al ladrón y el policía.

Cuando llegan a la puerta de la escuela, suelta su mano, no sin antes darle muchos besos y desearle suerte en su primer día de clases.

Observa cuando va entrando. Escucha a la maestra que reta un compañerito de primer grado: ¡Bajate de ahí! ¡Bajate de ahí!, ¡decime ya mismo cómo es tu nombre!

El hijo se detiene y mira a su pequeño colega desde abajo de la medianera. Pone las manos alrededor de la boca, haciendo de altavoz, para darle fuerza al grito: ¡No le digas! ¡No le digas! Y sale corriendo.

Vuelve el padre orgulloso. A la salida, su hijo volverá caminando sólo. Ya aprendió a cuidarse. Sabe que no podrá identificarlo la policía.

Capital cultural II

Ella lo busca todos los días a la salida de la escuela. Él empezó primer grado hace unas semanas. Sale apurado por contarle sus aventuras mientras la toma de la mano.

Cruzan la calle y caminan unos metros hasta llegar al auto donde los espera el chofer. Cantan a coro canciones o cuentan autos de colores en el camino.

Cada vez que puede, ella le prepara buñuelitos a escondidas de su padre. En otras ocasiones, le regala la cuchara de madera para relamer el dulce de leche que le preparó.

Cuando salen a dar una vuelta a la plaza y él se lastima una rodilla, ella pone un beso en la mano y lo esparce como polvo de hadas. Un segundo beso en su cabecita de pelos rubios revueltos es el toque final al truco de magia que todo lo cura.

A la hora del baño, ella se esmera poniendo ramitas de lavanda para cuidar la piel bella que tiene el niño.

Le dicen que lo malcría mucho, pero ella lo ve tan feliz. Adora ver su sonrisa blanca, esa que él le regala cada vez que la ve. La quiere tanto. Un día sale corriendo a abrazarla y se le escapa de la boca la más peligrosa confesión de amor: le dice mamá.

Ese día, inmediatamente, le despiden a su niñera. La acusan de haber robado.

Él deberá aprender que es inadmisibile encariñarse con el personal doméstico.

LUIS IGNACIO MUÑOZ

(Colombia)

Dedicado en la actualidad a dictar talleres de creación literaria. Es autor de los libros *Reloj de aire*, *Cuentos para rato*, *Inocencia de la noche*. Varios de sus cuentos han aparecido en revistas y antologías de autores regionales y algunas publicaciones internacionales y en antologías. Administra el blog *Letras Itinerantes*.

El lenguaje de las olas

Con el caracol pegado a los oídos, en la mañana fresca de la bahía, sobre la arena húmeda, los aborígenes empezaron a escuchar el lenguaje de las olas. Al principio con estupor, luego con asombro, mientras se miraban con la boca abierta como preguntándose unos a otros, si estaban oyendo lo mismo a través de aquellas conchas blancas. Era verdad, confirmaron sin muchas palabras y sin mayor preámbulo: por el otro extremo de la Isla empezaban a acercarse con toda su voraz peligrosidad tres carabelas.

No era un viaje

Con tristes y en apariencia risueños besos despidió a los dos pequeños y les dice que el viaje tardará apenas un par de días. Sale en un taxi rumbo al aeropuerto con el rostro sombrío. Silenciosa.

Ingresa al terminal aéreo por la entrada de vuelos internacionales y realiza los trámites para ingresar a la sala de espera. Una extraña angustia le empieza a correr por el cuerpo, pero sabe que debe seguir adelante. Los agentes antinarcóticos la observan unos momentos. Sus papeles y su equipaje están en orden, le dicen que puede continuar. Cree que ha dominado sus nervios y nada parece delatarla. Vuelve a pensar en los niños que han quedado a cargo de su tía. Pronto volverá, piensa otra vez. Se siente mareada y su estómago se agita en extrañas convulsiones.

Alguien le pregunta si se siente bien y no puede responder. Sigue caminando por el pasillo porque sabe que debe llegar, sentarse, tranquilizarse y abordar el vuelo. Falta poco para encontrar asiento mientras la vista se le nubla. Por un momento cree que no podrá más y es como si se hundiera en un vacío y la recibiera un planeta de nubes.

—Les dije que algo le pasaba —comenta uno de los antinarcóticos que llegan atraídos por el alboroto—. No me falla la palidez de esas caras.

LUISA HURTADO GONZÁLEZ

(España)

Ha publicado cuentos, relatos y microrrelatos en múltiples antologías, entre las que hay que señalar, en papel, *Observando el tiempo*, *La familia Meteo*, *PervertiDos*, *DeAntología*, *la logia del microrrelato* y, en soporte digital, *Menguantes*, *Grandes microrrelatos de 2011* y *Destellos en el cristal* y *Eros Gourmet*, *Tratado de de Grimminología* y *Triple Ceis (666)*. Algunos microrrelatos de mi autoría se han publicado en revistas digitales u otros blogs en español, en portugués y en francés. Desde 2010, es responsable del blog «Microrrelatos al por mayor».

Conejos

El sonido de los gritos y las carreras consiguió que algunos de los soldados se animasen llegando incluso a asomar la cabeza; pero la mayoría solo cambiamos de postura, aletargados por el frío y el hambre. Después, mucho más cerca que ayer, oímos el reparto de comida entre aquellos que habían participado en la escaramuza, insultos y carcajadas que sí consiguieron que los más fuertes se levantasen y empezasen a huir por la trinchera en dirección contraria. Y es que difícil estar hambriento sabiendo que ya no vas a encontrar nada, pero mucho más complicado resulta admitir que tu cuerpo servirá para mitigar el hambre de los menos escrupulosos de tu bando.

El escucha bebés

Hace tiempo que dejé de oír el zumbido de tráfico en el que está inmersa nuestra casa. Bastante más me costó asumir el taconeo de la vecina de arriba y los pasos, más frecuentes y audibles al llegar la noche. Especialmente complicado ha sido lograr hacer caso omiso de tus amenazas, gritos e insultos; de hecho, he de confesar que aún ha habido veces en que las lágrimas han inundado mis ojos; si bien, durante el embarazo y contra todo pronóstico, he conseguido que solo se asomase a ellos la emoción por la vida que crecía en mi cuerpo.

Sin embargo, ahora, teniendo el niño por fin en mis brazos, me preocupa el haber dejado de oír todo lo que ocurre a mi alrededor. ¿Qué pasará cuando me reclame en mitad de la noche?, ¿lo oiré o podría llegar a pasarle algo? Te oigo entonces entrar por la puerta, hablando a gritos y dirigiéndote hacia la habitación en que pasamos la noche, el lugar en el que he puesto la cuna; y me quedo más tranquila: si mi niño llora y no le oigo ni a él ni a su padre, he de confiar en este, él a buen seguro no dudará en levantarme la mano hasta lograr que yo me haga cargo.

MARIANA FUENTES
(Mendoza, Argentina, 1983)

Licenciada en Comunicación Social y escritora. Ha trabajado para diferentes medios gráficos de la provincia. Actualmente se dedica a la redacción y corrección instrumental de textos académicos.

La decisión

Mi sobrino nacería pronto y el tema era cada vez más urgente. En mi familia, cuando alguien nacía, alguien debía morir al mismo tiempo. El pacto era un culto que se practicaba desde nuestros ancestros. Por eso, también era inviolable. Alguno del clan debía tomar la decisión para que se efectuara el feliz intercambio.

Nos reunimos las tres un sábado en la noche para finalizar el tema. Mi mamá, por supuesto, fue la primera en pedir gancho. Justificó su permanencia en el juego recordándonos con vehemencia todo lo que había hecho por nosotras durante tantos años. Mi hermana solo me miró, sin necesidad de explicar que sin su existencia el bebé no sobreviviría. Entonces, sin muchas más opciones, agarré un cuchillo y se lo enterré en el vientre.

Bendición

Acomodó la estola sobre su cuello. Miró el reloj al tiempo que sonaron las campanas. El diácono y los monaguillos llegarían en cualquier momento para subir al presbiterio. Levantó rápidamente su hábito. Le acarició el pelo y dijo: Podéis ir en paz.

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ

(Piura, Perú, 1976)

Estudió Comunicación en la Universidad de Piura, donde ganó los juegos florales —mención poesía— en los años 1997 y 2000. Poemas suyos han aparecido en *Insana virtud. Muestra poética reciente de la posmodernidad* (2016), *Ausente ardor de arena y algarrobos. Antología de la poesía piurana contemporánea* (2017) y en la revista literaria *Ergo* (2021). En 2020, con su microcuento «Peluches» obtuvo el primer lugar en el concurso «Historias de cuarentena», organizado por la Municipalidad Metropolitana de Lima.

El explorador

Quiso pasar por una especie de túnel para ir al otro lado de la montaña. Ya adentro se sintió como un gusano bajo tierra. «¡Será esto la claustrofobia!», pensó. El lugar era demasiado estrecho por lo que lo atravesó recostado, con la cabeza de lado y sin mover las piernas. A veces sentía los brazos bloqueados contra su cuerpo y una opresión en el pecho y en los pulmones, y ni siquiera pudo usar la pequeña linterna que llevaba en uno de sus bolsillos, por lo que, lleno de angustia e inestabilidad, dudó en continuar. «¡Esta situación es atroz!» «¿Cuándo se acaba el túnel?», se dijo. Apretó su aliento con fuerza y siguió arrastrándose ya no con dificultad, sino con un miedo profundo. De pronto divisó un punto de luz. «¡El final!», expresó, aliviado. Asomó la cabeza, sacó el cuerpo, sucio y sudoroso, batió unas enormes alas y se perdió en el despejado cielo!

Se salvó del holocausto

Akiba Rubinstein fue un extraordinario jugador de ajedrez que tenía serios problemas mentales. Cuando los nazis invadieron Polonia, el 1 de setiembre de 1939, unos oficiales de la Gestapo se presentaron en la clínica donde era tratado por un psiquiatra amigo suyo.

Según Mojsze Mendel Najdorf, otro gran amigo de Rubinstein, este mantuvo un diálogo con el oficial a cargo de la visita.

—¿Es usted el maestro de ajedrez Akiba Rubinstein, judío?

—¡Sí, señor!

—¡Levántese enseguida y venga con nosotros!

—¿Para qué?

—Para trabajar.

—¿Dónde?

—En un campo de concentración.

—¡Magnífico! ¡Eso me encanta!

El nazi, viendo los saltos de alegría del ajedrecista, se acomodó el quepí y decidió dejarlo en el sanatorio.

NORMA YURIÉ ORDÓÑEZ

(Guatemala)

Diseñadora Gráfica de profesión. Sus microrrelatos han aparecido en antologías como *Viaje a la oscuridad*, *Antología Centroamericana de minificción*, *Brevirus*, *Campanadas*, *Escena del crimen* y *Microantología de minificción hispanoamericana «Instantáneas»*. Ha publicado, además en revistas blogs y páginas como *Ek Chapat*, *Teresa Magazine*, *Perro Negro de la Calle* e *Ibídem* (México), *Plesiosuario* (Perú), *Piedra y nido* (Argentina), *Brevilla* (Chile), *Letras Itinerantes* (Colombia), *Inmediaciones* (Bolivia).

El primero

Pese a que antes del siglo XXI no se había escuchado sobre los *blade runners* se decía que cazaban desde tiempos remotos, aunque con diferente tecnología de rastreo. Además, los replicantes eran escuetos autómatas: algunos con menos agilidad, otros con enorme fuerza y tamaño. Incluso cierta vez tuvieron que viajar hasta la Isla de Creta disfrazados de argonautas y derribar a *Talos*, quien antes de caer, en lugar de derramar lágrimas como la lluvia, destiló una diminuta gota de plomo derretido.

El caballero

Luego de ganar la última partida de ajedrez con Hades, Antonius Block divisó la barca de Caronte acercándose a la orilla.

OSWALDO CASTRO ALDARO

(Piura, Perú)

Médico-Cirujano. Administrador de Escribideces-Oswaldo Castro (Facebook), colaborador con *Fantasmas extemporáneos* (relatos cortos), *Fantasmas trashumantes* (mini relatos) y *Fantasmas desubicados* (micro relatos). Publicaciones en más de 50 portales, páginas web y revistas digitales peruanas y extranjeras.

Jimmy

Le pusieron Jimmy porque era igual a Jimmy, el alienígena de las historietas. Un médico lo examinó y no lo consideró una amenaza. Era un humanoide que se comunicaba con el pensamiento. De cabeza alargada, piel blanquecina, mudo y con cuatro dedos en cada mano parecía un terrícola con malformaciones congénitas. En el ayuntamiento decidieron no informar a las autoridades superiores y la policía lo cobijó como relacionista público. Jimmy se convirtió en la estrella local y su secreto fue guardado celosamente. Dotado de inteligencia y conocimientos superiores, rápidamente mejoró el sistema de las computadoras, vehículos y aparatos electrodomésticos. Fue declarado profesor honorario en la escuela y cirujano emérito del hospital. Con el tiempo se amoldó al poblado, pero no era como su lugar de origen.

Sus semejantes lo dejaron en ese sitio primitivo para cumplir la condena dictada a cientos de años luz. Cuando vinieron a recuperarlo, Jimmy no quiso marcharse porque estaba casado, tenía hijos y era la biblioteca itinerante. El conflicto inter planetario desbordó los límites y se hizo mundial. La guerra estaba por declararse y Jimmy lloraba, una cualidad humana que aprendió con el primero de sus hijoste.

El cuerpo

Allí sentado, las ramas al moverse con el viento te arañan los brazos y piernas. Soportas el frío inclemente, los días solitarios y el acoso de los insectos. Cierras los párpados, frustrado. Los días te adoptan como parte del paisaje e integran el olvido del presente.

Nadie viene para consolar la inocencia de un niño. Nadie baja tu cuerpo y el tiempo lo pudre, convirtiéndolo en espantapájaros, luego en ropa tendida y finalmente lo deja volar con el viento.

Trato de alcanzarte, pero el peso de mis hojas livianas es insuficiente para levantar vuelo y seguirte.

OTTO PEREDA

(Ciudad de Guatemala, Guatemala, 1975)

Residente en Argentina desde 2019. Instructor y asesor en tecnología y discapacidad, accesibilidad web y herramientas ofimáticas. Ha participado en talleres de crónica, cuento y microcuento en Venezuela y Argentina. Textos suyos han sido incluidos en los libros *Destellos de letras* y *Abriendo caminos*, publicación resultante del concurso Tifloletras, en el que obtuvo mención especial por los cuentos «Te quiero, hermano, te quiero» y «Preámbulo de un nuevo día», y en *MOSAICO: microficciones sobre discapacidad*.

Arma letal

El pánico no se desató cuando los cuatro hombres, vestidos con indumentaria comando y armados hasta los dientes, irrumpieron en la agencia bancaria; ni cuando el más alto y fornido alzó el brazo y disparó dos veces hacia arriba, gritando: todos pecho a tierra; ni siquiera cuando uno de aquellos encañonó al gerente y lo forzó a llevarlo a la bóveda. El terror se apoderó del lugar cuando el Jefe de aquellos facinerosos se quitó el tapabocas, sonrió, tosió tres veces y estornudó.

De las cenizas de papá

Papá siempre dijo que cuando muriera quería ser cremado; que no quería ser devorado por asquerosos gusanos en su tránsito hacia la eternidad; que prefería la idea de su cuerpo consumido por las llamas de un incinerador. Murió hace un mes, a la mitad de una de esas grandes comilonas que solía dar a los amigos y parientes sin ningún motivo en particular. Estaba sentado a la mesa, disfrutando su última proeza culinaria, un lechón al horno bañado en una salsa especial de cerveza negra con pasas de uva, aceitunas, alcaparras, Morrón, cebolla, ajo, romero y pimienta. Por eso, cuando fuimos a la funeraria a buscar sus cenizas nos entregaron apenas tres relicarios y no una cineraria. El encargado nos dijo que llevaría diez o quince minutos de cremación cuando comenzaron a percibir un aroma delicado, dulzón, de carne al horno, aroma de comida de alta cocina; al principio no sabían de dónde podría llegarles aquel olor, pero luego lo comprendieron. Apagaron el aparato, lo sacaron y luego de mirarse entre todos comenzaron a cortarlo y degustarlo. Lo que está en los relicarios es lo que quedó de sus huesos dijo el hombre con solemnidad.

SERGIO ASTORGA

(México)

Licenciado en Comunicación Gráfica en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (Antigua Academia de San Carlos). Impartió el taller de dibujo durante doce años en la UNAM. Estudió Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado en revistas tanto textos como dibujos.

Su sombra

Como una enfermedad venérea contraída por nuestra tía más querida. Así es su sombra. Lo seguía como anestesia, como Facebook desbocado. Bocado, carnada machacada. Total, ni la Internacional Microcientista lo cuenta, lo muestra; ni ellos en su delirio dramático quieren tener esos espejismos que su sombra proyecta como un trozo de tragedia.

Rota la media, lo asedia, lo putea de noche, de día. La sombra es pantera, pantaleta que patalea en la radio, en la televisión, en zoom. Su sombra es una Ofelia que resiste, se fascina, se desvive y se incrusta. Nada salva a la sombra, ni la antropología, ni la pastelería, ni su lengua, ni su almohada. Llorar no sirve, ni poner la rodilla en la hierba del insomnio. La sombra es una lija, una miga irreductible. Que no lo sepan es su problema, el mío, el de todos. Los brazos, las piernas se juntan, se confunden. La sombra es negra, sin ojos, sin zapatos, por eso son irascibles los días sin sol.

¡Basta! Dejemos de asombrarnos, que la sombra deja caminos para los que vienen atrás.

¿Sienten sus pasos?

Tía Sara

Mi tía Sara tuvo las tres caídas más perfectas que he visto. La primera fue al este de la frontera cuando se le cayó la barriga cargada de botellitas de perfume, pegadas alrededor de su cintura con papel engomado. Quiso corromper al oficial y si no fuera porque llegó el supervisor lo hubiera conseguido. La segunda, fue cuando en la playa de Coralino persiguió al hombre de sus sueños. Terminó dando serenata en el cementerio cuando sus sueños no contaban con el tráfico de drogas de su hombre. Después se perdió el respeto. Esa fue su tercera caída. Se abrió el escándalo y ya no tenía ni la ropa interior en buen estado.

Ahora que veo tanto corazón roto me acuerdo de la Tía Sara, cuando me decía al oído, que se moría de ganas de mecer la cuna con una copa de brandy.

Quemé el dinero que me quedaba mientras recordaba a la tía al recoger el abrigo del guardarropa. No hubo una cuarta caída. En el puerto de Lisboa, con alevosía, le sellaron los pasos y sus vicios. Se pintó el pelo de rubio platino y camina en el Chiado, tomando un café pingado y una nata.

De este lado, inquieto, se me quema el cielo y es inútil comparar mis caídas con las tuyas, Tía Sara. Tú tenías, oficio.

YBRAHIM LUNA

(Cajamarca, Perú, 1979)

Ha publicado los libros *Criador de pilotos* y *Todos los santos* en poesía y *De corresponsal a cómplice* en cuento. Ha publicado cuentos en revistas nacionales. Colabora eventualmente en medios periodísticos como *La República* y *Hildebrandt en sus trece*. Dirigió la revista cajamarquina *Identidad*.

El último prisionero

Al tocarse el rostro descubrió que lo tenía pintado con cinabrio rojo y que su pecho estaba marcado con una equis de un azul intenso. Los aterrados ojos del arqueólogo resplandecían en medio de una noche iluminada con fantasmales antorchas. Lo habían secuestrado del campamento y no entendía qué hacía allí, en medio de toda esa gente vestida con indumentarias preincas. Pero el terror recién se hizo carne cuando cayó en cuenta de que las huacas a las que lo llevaban estaban recién construidas, con su arquitectura original y sus acabados muy frescos. «Esta debe ser una pesadilla», se decía para tranquilizarse; mientras a lo lejos unos cantos de sacrificio anunciaban una noche memorable.

El asistente oficial

El presidente no tenía por costumbre amarrarse los cordones de los zapatos. Para ello tenía un asistente que se encargaba de todo lo que le hiciera la vida más fácil a un anciano y obeso mandatario. Pero ese sábado, luego del mitin, en medio de todos los periodistas, el presidente decidió que el gesto de ajustarse los pasadores podía ser un buen golpe de publicidad, sobre todo para un político que quería reelegirse y a quien señalaban de engreído y fuera de época. Aquel mediodía, el presidente hizo un esfuerzo y se agachó después de mucho tiempo...y la bala del francotirador fue a dar trágicamente en el pecho del asistente, el que murió al instante. Desde aquel susto, el presidente suele hacer más cosas por sí mismo.

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

n.º 12

se terminó de editar
el 18 de mayo de 2022,
Jr. Pablo Riso 351, Lima 30.

